Tomo XV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 2

San José, Costa Rica 1927 Sábado 9 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Colombianos previsores y prudentes

señalan el peligro de levantar más empréstitos en Wall Street

Excelentísimo señor presidente de la república.—E. P.

La ley 102 de 1922 autoriza al gobierno para contratar en el país o en el exterior un empréstito o empréstitos hasta por cien millones de dólares o veinte millones de libras esterlinas. Para la validez de los contratos, dispone esta ley, se requiere el dictamen favorable del consejo de estado y de la junta nacional de empréstitos.

La aprobación que estas dos entidades impartan a los contratos de empréstito compromete la responsabilidad de la nación. Del propio modo la aprobación a que están sometidos por disposición legal los negocios de la misma índole celebrados por los departamentos y los municipios, afectan también en definitiva la responsabilidad del estado, desde que tal aprobación se imparta.

El artículo 16 de la ley 102 de 1922 dispone que el gobierno procurará que los intereses extranjeros que se vinculen al país pertenezcan a distintas nacionalidades.

Las personas, naturales o jurídicas, con quienes se han contratado empréstitos pertenecen a una misma nacionalidad. No se ha procurado que los intereses extranjeros que se han vinculado al país pertenezcan a distintas nacionalidades.

La ley a que nos referimos fué obra de buen sentido y de previsión patriótica. No olvidaron los legisladores de 1922 que el mercado monetario del mundo había cambiado, después de la guerra europea, de centro y dirección. No olvidaron tampoco que la política económica de los Estados Unidos, adonde había pasado ese centro, tenía objetivos no simplemente financieros y de cooperación internacional, sino miras al propio tiempo de dominación política.

Los acontecimientos que en estos momentos se desarrollan en la América Central y las explicaciones del presidente de los Estados Unidos sobre su conducta y la de su secretario de estado, en la república de Nicaragua, nos han movido, en guarda de los intereses permanentes de la nación, a elevaros este memorial por medio del cual solicitamos de Su Excelencia, en cuanto de Su Excelencia dependa, os sirváis seguir en la contratación de empréstitos la política aconsejada por la ley 102 de 1922, y en los contratos de construcción lo dispuesto en el artículo 18 de la misma ley que hace extensivas las autorizaciones para contratar empréstitos destinados a la construcción de vías férreas, a los contratos que se celebren para la ejecución de tales obras, mediante el aporte, por parte de los contratistas, de una cuota no menor de la mitad del costo efectivo de la construcción, concurriendo el gobierno con la parte restante; pero siendo entendido que no podrá otorgarse a los contratistas la administración en la explotación, ni concesiones de baldíos ni de ningún otro orden, ni intervención en la fijación de las tarifas.

En las explicaciones dadas por el presidente Coolidge al Congreso de los Estados Unidos sobre la intervención armada en Nicaragua, según cablegramas publicados en la prensa, se expresa nítidamente el concepto de que es un deber del gobierno de los Estados Unidos tomar las medidas adecuadas a prevenir cualquier probabilidad de que puedan ejecutarse actos contra las vidas, propiedades e intereses de los ciudadanos americanos en el extranjero y—agrega—que todos los procedimientos adoptados por el gobierno de los Estados Unidos en Nicaragua, solamente han tenido por objeto la salvaguardia de tales vidas e intereses, y también «los derechos adquiridos para la apertura del nuevo canal interocéanico que cruzará el territorio de Nicaragua, valiéndose de los lagos y ríos que hacen propicios dichos trabajos. En este sentido, el gobierno no ha hecho cosa diferente que seguir las huellas de sus predecesores».

Es, sin duda, un deber estricto de los gobiernos la protección de las personas y propiedades de sus nacionales en el extranjero; pero esa protección sólo puede ser efectiva cuando a los nacionales en el extranjero se les desconocen sus derechos y se les niegan los recursos de la justicia. El solo temor de que pueda sobrevenir el peligro, no explica, ni justifica la intervención diplomática o la intervención armada.

La intervención actual en Nicaragua, donde los Estados Unidos se han asegurado la construcción de un canal interocéanico, tiene su antecedente histórico en la nota que el secretario de estado Olney dirigió a Bayard, su ministro en Londres, en 1895. No se trata en esa nota de salvaguardiar los intereses de los americanos en países extranjeros; se trata de exponer una política en los siguientes términos, hacia los cuales llamamos respetuosamente la atención de Su Excelencia:

«Hoy—dice—los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente, y sus órdenes son leyes en todos los asuntos en que intervienen. ¿Por qué? No por pura amistad ni por buena voluntad; no simplemente por su alto carácter como estado civilizado; no porque la sabiduría, la justicia y la equidad sean los rasgos característicos de los negocios de los Estados Unidos; es porque, además de todo esto, sus infinitos recursos y su aislada posición los hacen dueños de la situación, y prácticamente invulnerables respecto de cualquiera otra de todas las naciones».

En presencia de estas declaraciones, Excelentísimo señor presidente, nuestro deber individual y colectivo es satisfacer los compromisos que hayamos contraído y hacer todo lo posible, por dignidad, prudencia y decoro, para no contraer nuevas obligaciones que vinculen al país a entidades cuyos gobiernos sean poco respetuosos de la soberanía de los demás estados independientes.

Señor presidente:

Jorge Holguín, José Ignacio Escobar, Jorge Roa, Eladio C. Gutiérrez, Carlos Cuervo Márquez, Diego Mendoza, Eliseo Arbeláez, Nemesio Camacho, Alvaro Holguín y Caro, Eduardo Santos, Camacho Roldán y Tamayo, Luis Cano, Paulo E. Bustamante, Abel Casablanca, Alfredo Valenzuela, Luis E. Nieto Caballero, Benjamín Silva Herrera, Alberto Vélez Calvo, Santiago Ospina, Francisco Samper Madrid, José I. Caicedo R., Luis Montoya, Luis Rueda Concha, Enrique Vargas Nariño, Alberto Sanz, Agustín Nieto y Ca., Armando Solano, Antonio Samper Uribe, Enrique Santos, Eduardo Michelsen, Antonio Núñez, Samper Sordo y Ca., Simón Bossa Navarro, P. Blanco Soto, y otras firmas más.

Más sobre la ley 102 de 1922

En sus comentarios al memorial elevado por algunos colombianos de ilustre nombre y de sólidos conocimientos y experiencia al presidente de la república para que se dividan entre varios centros financieros las obligaciones que hayan de imponernos futuros empréstitos, don Alfonso López ha dado pruebas de un menudo conocimiento del estado actual de las finanzas mundiales y ha defendido sus puntos de vista como avezado hombre de negocios. Ha descuidado, sin embargo, el lado sentimental. En los negocios, como en la política, es preciso no desentenderse de los imponderables. En nuestras querellas financieras con Inglaterra, la falta principal estuvo siempre de su lado, por haber descuidado al tratar con nosotros ese elemento primordial de las relaciones internacionales.

Es verdad que los Estados Unidos sajones son hoy la nación más rica del mundo absoluta y relativamente. La riqueza nacional de ese país se computa en 320,000 millones de dólares. La cifra es tan alta que ya deja de causar impresión concreta. Esa suma da por habitante un cociente de 2,600 dólares. Ninguna otra nación del mundo puede mostrar cifras tan elevadas a este respecto. La Gran Bretaña, que le sigue, apenas señala 1,900 dólares por habitante. La República Argentina, país enormemente rico, representa sólo un término medio de $ 1,400 como riqueza individual.

A esto se agrega que por un cálculo acertado o fallido, sobre esto cabe tener más de una opinión, aquellos Estados Unidos se empeñaron durante la guerra y los primeros años de la paz, en absorberse todo el oro del mundo. La primera consecuencia desagradable de este poderoso esfuerzo fue el encarecimiento fantástico de la vida, causado por la inflación y por el ansia inmoderada del goce.

Una fatalidad histórica y la estupidez incomprensible de las naciones que provocaron y aceptaron la guerra dió por resultado que los dichos Estados Unidos se convirtieron de deudores en acreedores para con Europa. Inglaterra era dueña en gran parte de los ferrocarriles saxoamericanos. Por éste y por otros conceptos sus antiguas colonias le debían más de 600 millones de libras esterlinas. Terminada la guerra, esa deuda había sido cubierta e Inglaterra figuraba como deudora por mil millones de libras. El desfalco de la gran degollina por este lado solamente representaba 1,600 millones de libras esterlinas. El caso de Francia, Italia y Bélgica no es menos instructivo. Es conveniente no olvidar que en agosto de 1914 la suerte del mundo dependía de la voluntad de cuatro ó cinco personas, de las cuales uno era un irresponsable, según lo han venido a demostrar sus memorias, otro era un degenerado, el tercero un anciano obcecado, de escasa inteligencia y de sentido moral ausente. No hay objeto en continuar la enumeración.

Por éstas y otras razones, el centro financiero del mundo se desplaza de Londres hacia Nueva York, pero sólo parcialmente. Hay virtudes mercantiles y de lonja que no se adquieren de un momento a otro. Y hay tradiciones también que no se borran con la sola voluntad de banqueros acaudalados. La lonja de Nueva York tiene de aprender y de olvidar mucho antes de reemplazar en un todo al Stock Echange de Londres.

La abundancia de dinero y la voluntad de conquistar esferas nuevas de influencia no bastan para dominar el mercado monetario del muudo. Precisa tener en cuenta los precedentes morales del prestamista y su actitud ante los otros pueblos. De otro lado, los pueblos que solicitan empréstitos en el exterior no son necesariamente los que carecen de dinero. España solicitaba y obtenía empréstitos en Londres a sabiendas de que si los lanzaba en Madrid acudirían los españoles a cubrir miles de millones de pesetas en pocas horas. La República Argentina negocia empréstitos en el exterior, y cuando el Banco de la Nación lanza cédulas hipotecarias al mercado nacional, el público se apodera de miles de millones sin que se lastimen en lo más mínimo las condiciones generales del comercio. Es necesario tener en cuenta las facilidades de aplicación del dinero para explicar estos fenómenos. Un hombre muy rico puede en un momento dado tomar dinero a interés para una empresa de inmediato rendimiento, al paso que conserva fondos en el banco para cumplir obligaciones que hayan de vencer en término inminente. Inglaterra no carece de dinero para empresas en la América. Basta echar una ojeada sobre los balances de sus bancos para convencerse de que está muy remota la hora de su agotamiento. Lo que puede haber en su abstención de colocar fondos en estos países podría explicarse con mayor claridad consultando las cancillerías más bien que los anales de las lonjas. El señor López afirma que Inglaterra dedica por el momento todo su dinero excedente al desarrollo de sus colonias. De esas colonias vuelven millones anualmente a los bancos de Londres en forma de intereses. De otro lado, si un país cualquiera ofrece mejores perspectivas y más alta renumeración que las colonias, los capitalistas no vacilan. Cuéntense los millones que, después de la guerra, ha invertido la Gran Bretaña en Venezuela, solamente, y se verá que el capital británico no es tan esquivo para con la América del sur como aparece a primera vista.

Hay un párrafo en los comentarios del doctor López verdaderamente fatídico. Dice así:

«Aquí estamos viendo a los banqueros neoyorquinos ofrecer empréstitos a la nación, a los departamentos, a las municipalidades, a los

bancos hipotecarios, a pesar del fallo de la corte suprema contra la compañía del ferrocarril de Santa Marta y de la caducidad administrativa de la concesión Barco; y estamos viendo al propio tiempo que el gobierno inglés mantiene cerrado el mercado de Londres para las entidades colombianas, pendiente de que sean arregladas a satisfacción suya las diferencias del gobierno de Colombia con la compañía del ferrocarril del Norte».

En otras palabras: Inglaterra usa de prudencia en la entrega de su capital en forma de empréstitos suramericanos, porque sus banqueros y hacendistas piensan tan sólo en asegurar los intereses de su dinero. Los Estados Unidos, mucho más cautos antes de la guerra que los países europeos en sus operaciones de préstamo, hoy parecen haber abandonado la prudencia. Hay razones para esto. Es la primera que el capital los ahoga. Es la segunda que dando dinero a interés a estos países buscan la oportunidad de colocar también alguna parte del exceso de su producción manufacturera, y por último, se «cuidan poco de la capacidad financiera de estos países y de su porvenir rentístico, porque saben cobrarse por su mano» y saben que nosotros sabemos que ellos lo saben, porque la historia reciente de su política financiera en el Caribe no desdice del mar donde se ha puesto en práctica.

Acaba de aparecer un libro con los nombres de Scott Nearing y Joseph Freeman como autores y con el título, talvez mal aconsejado, de *La diplomacia del dólar*. Es un florilegio muy interesante de la literatura usual y ya clásica en el departamento de Estado. Ese libro deberían consultarlo a tarde y a mañana, sin olvidar la noche, las gentes encargadas del poder, para quienes la altura suele ser causa de amnesia parcial. La frase *diplomacia del dólar* es de la especial fabricación del Sr. Taft, y con ese nombre franco y con otros morigerados o insinceros ha sido llevada a la práctica sin intermitencias por todas las administraciones de la Casa Blanca. Todos los presidentes la invocan con diferentes entonaciones según la hora y el momento. Taft habla como Roosevelt. Wilson como Harding, y Coolidge, austero y aparentemente indeciso, habla y obra como todos ellos. La diplomacia del dólar consiste en llevar dinero o empresas saxoamericanos a los países débiles situados cerca de aquellos Estados Unidos, con el objeto de usar esos intereses en un momento dado para ejercer acciones de dominio y suprimir la independencia del país invadido por el dólar. El sistema del empréstito es el más socorrido. Los presidentes y los secretarios de Estado no toman en muchas ocasiones las funestas actitudes de que hay copiosa memoria, por propia iniciativa, ni siquiera en obedecimiento a una necesidad de su espíritu: es una imposición de los *big interests* (el capital invertido en grandes empresas) que dominan al senado, el cual, a su turno, se hace sentir sobre el presidente y el secretario de Estado. No de otro modo se explica uno que la unción democrática de Bryan, su verbosidad argentina y libertaria tengan en la Casa Blanca la misma expresión que el redomado leguleyismo de Hughes. Bryan hablaba en los siguientes términos a sus agentes diplomáticos y consulares en México: «A pesar de que el presidente cree que no ha llegado el momento de anunciar en detalle su política respecto a México, considera que está obligado de antemano a hacer saber al gobierno ante el cual está usted acreditado, su definido criterio de que su deber inmediato es requerir el retiro de Huerta del gobierno mexicano y de que el gobierno de los Estados Unidos dede proceder a emplear «aquellos procedimientos que se consideren necesarios» para obtener ese resultado». En otra ocasión le dijo Wilson, sin exigir reserva, al embajador británico: «Voy a enseñar a las repúblicas americanas a elegir hombres buenos». No dijo buenos para qué, pero puede juzgarse del patrón que llevaba en la mente, recordando que las fuerzas americanas le ayudaban a Pancho Villa contra el gobierno federal.

En diciembre de 1914 Wilson le hizo saber al presidente Zamor de Haití que le conservaría en el poder si firmaba una convención según la cual las aduanas de la república isleña quedaban bajo el contralor de Wall Street. Zamor rehusó la propuesta. «Una semana después, marinos americanos desembarcaron en Puerto Príncipe, fueron a las cajas de un banco de la ciudad, y usando de la fuerza, a la luz del día, se apoderaron de quinientos mil dólares y los llevaron a bordo del crucero «Machias». Este dinero era de propiedad del gobierno haitiano y había sido depositado para redimir el papel moneda». Lo dice un documento oficial americano. En ciertas profesiones la franqueza llega a ser una costumbre. Los marinos americanos que han ocupado a Haití y mantienen la ocupación contra la voluntad del pueblo haitiano, han creado un estado de cosas internacional nuevo, y, como precedente, sobremanera peligroso. No ha precedido declaración de guerra a la ocupación del territorio. Los habitantes han resistido por la fuerza como era su obligación y su derecho. Han muerto por causa de esta resistencia y bajo las balas y granadas americanas, más de tres mil haitianos. Esas muertes, a la luz del derecho internacional, son otros tantos asesinatos.

En Santo Domingo la nacion fue ocupada en mayo de 1916 y desconocido el gobierno legítimo porque se negaba a firmar un tratado en que, prácticamente, se les daba a unos banqueros yanquis la administración de la hacienda dominicana. La ocupación y el gobierno militar duraron hasta que la pequeña república, abandonada de todos, firmó el tratado que se le imponía, por medio del cual se legalizaban todas las violencias, arbitrariedades y usurpaciones que habían llevado a cabo saxoamericanamente las fuerzas navales. «El resultado de las operaciones de este arreglo» pudo haber dicho entonces el secretario de Estado, «es que ahora los acreedores reciben puntualmente sus intereses». Las palabras son de Knox y fueron lanzadas impávidamente por el secretario de Estado Knox en 1912, refiriéndose a Honduras y Nicaragua, sometidas entonces al mismo tratamiento.

Tanto en el caso de Haití como en el de Santo Domingo, la tragedia empezó por una solícita oferta de empréstitos por parte de bancos saxoamericanos. Si se acepta el empréstito, es muy cómodo crear desde Nueva York una situación durante la cual haya imposibilidad de pagar los intereses. En seguida la demora justifica la ocupación. Luego se negocia la desocupación a cambio de la soberanía en todo o en parte.

No es imposible obtener empréstitos en Europa. Declarar *urbi et orbe* lo contrario, sirve primera y peligrosamente para apoyar las terribles pretensiones de Wall Street. Por otra parte, sería prudente aguardar hasta conocer el empleo que el actual gobierno va a darles a las sumas ya obtenidas. Hasta ahora la capital continúa incomunicada con el mar, y ya se han gastado los millones de la subvención americana y el exceso de las rentas sobre los gastos en varios años de prosperidad fiscal. A la sombra de esas grandes entradas el único resultado visible es el incremento numérico de una burocracia de casta, lenta como las horas de hastío y voraz como los mismos deseos.

B. Sanín Cano

(*El Tiempo*. Bogotá).

Traición y escepticismo del doctor Núñez

Hubo un tiempo en que el nombre de este esclarecido colombiano recorrió todas las naciones de la America Latina en alas de la prensa, que lo enaltecía por su obra de regeneración política de su patria o lo denigraba y maldecía por ella. Muerto en 1894, las voces del elogio se fueron apagando hasta extinguirse la última quiza con la muerte de don Marco Fidel Suárez, su biógrafo, su amigo y su constante y convencido admirador. No así las otras, las de la detracción, que se dejan oir todavía, como brotes esporádicos de las pasiones políticas de hace medio siglo.

De los cargos o acusaciones de entonces, aniquiladas, más que refutadas, por los escritos y los actos del célebre estadista, han quedado flotando en los espíritus, como características suyas, las que sus adversarios formularon así:

El doctor Núñez hizo traición a su partido.

El doctor Núñez era escéptico en filosofía e incrédulo en religión.

La primera de estas acusaciones partió, naturalmente, del campo radical; la segunda, del campo radical y del campo conservador, simultaneamente. Para el radicalismo, ambas acusaciones fueron armas defensivas de doble alcance: con la primera se proponía prevenir la deserción de sus partidarios, atraídos por el anhelo de regeneración al campo del liberalismo independiente; con la segunda, alimentar la desconfianza de los conservadores en las promesas de libertad política y religiosa del nuevo partido. Ambas acusaciones carecían de base y fallaron al fin en su objeto.

Examinemos separadamente esas dos acusaciones.

El doctor Núñez hizo traición a su partido.

¿A cual partido?—El que gobernaba en Colombia cuando ese denodado escritor emprendió su campaña de regeneración política, era el radical; y el doctor Núñez no perteneció, ni en su juventud, a ese partido.

¿La prueba?—El doctor Núñez fue uno de los secretarios del gobierno de Obando, en 1853, y ese gobierno combatió reciamente al radicalismo o golgotismo, como se le llamaba entonces.

¿Otra prueba?—Depuesto Obando, el doctor Núñez sirvió una de las secretarías de la administración presidida por el ilustre Manuel María Mallarino, eminente conservador, y es sabido que los miembros de los partidos extremos no aceptan puestos de responsabilidad política en los gobiernos de ideas contrarias.

¿Otra prueba más?—El doctor Núñez, miembro de la Convención de Rionegro, se retiró de ese cuerpo y no firmó la constitución radical de 1863, obra de esa convención. Esas instituciones son muy débiles y deficientes: eso no dura, manifestó a uno de sus amigos (1)—y se ausentó del país.

En los Estados Unidos y en Inglaterra donde vivió durante doce años depurando sus ideas y principios con el estudio, la meditación y el espectáculo diario del funcionamiento de las instituciones libres en pueblos de verdadera cultura, comenzó la campaña que culminó victoriosa en las instituciones de 1886.

Estos son hechos históricos que puede verificar cualquiera que dude de su exactitud.

Tenemos, pues, que el doctor Núñez combatió al radicalismo en 1853 desde el poder; que en 1855 a 1857 sirvió una secretaría de un gobierno presidido por un eminente conservador; que no firmó la constitución radical de 1863, por juzgarla muy débil y deficiente y de precaria vida, y que desde afuera empeñó una lucha que duró veinte años y concluyó con la victoria de sus principios depurados, como dijimos antes, por el estudio, la meditación y el espectáculo diario del funcionamiento de las instituciones libres en pueblos de verdadera cultura, y también del desastre a que habian llevado a su patria esas instituciones que él no quiso autorizar con su firma.

Esta oposición, en los primeros años, fue de advertencias al radicalismo gobernante, para que enmendara el rumbo y volviera al camino de la legalidad olvidado. Esas advertencias no tuvieron eco en el palacio de San Carlos. Sus habitantes estaban sordos. «Llegámos hasta el mismo borde del precipicio, conducidos por la inseguridad, fruto necesario del abandono de los sentimientos de justicia. En lugar de la nación apareció el partido. En lugar del partido, pronto apareció el círculo oligárquico. Este grupo, para sostenerse físicamente, tuvo que desmoralizarlo todo por la implacable fuerza de la lógica... Los sentimientos de justicia zozobraron en el piélago de la intolerancia política, y *las instituciones*, por otra parte, fundaron, en lugar del orden, la guerra civil permanente», escribía el doctor Núñez comentando un juicio del eminente chileno señor Lastarria, emitido en 1867.

Viendo quizá la ineficacia de sus advertencias, regresó al país en 1874; contempló el horror de la situación y el inminente peligro que amenazaba de muerte a la república, y resolvió salvarla. Llamó, instó, suplicó, importunó a los primates del radicalismo, para que reformaran la administración y volvieran al carril. Todo en vano. A sus instancias, a sus súplicas, a sus razonamientos, contestaban con diatribas, y agravaban los medios de opresión al país. El hombre, que había llegado solo, solo se halló, entre la enemiga de los unos y la desconfianza de los otros. No se arredró. Venía escudado por su carácter de acero y armado de una pluma que así desconcertaba a sus adversarios como encendía la fe y hacía crecer la esperanza en el corazón de los hombres de buena voluntad. Antes de dos años, sus partidarios eran legión. Lanzada su candidatura para la presidencia de la república, a ella hubiera llegado sin la intervención de la Guardia Colombiana, elector único en esos desdichados tiempos. Cuatro años después, se sentó en el sillón presidencial, gobernó dos años a contentamiento de la nación, y fue reelecto para el período de 1884 a 1886, conforme a la constitución vigente. A su elección concurrieron los liberales independientes y el partido conservador en masa. La luz se había hecho y la desconfianza conservadora se había convertido en fe profunda y activa. ¿Y qué sucedió entonces?—Que el partido radical, vencido por tercera vez en las urnas, se rebeló contra el gobierno legítimo y por ende contra la constitución que él mismo había impuesto a la nación. Impuesto, sí, porque en la convención de Rionegro no hubo ni un solo representante del partido conservador, evidente y confesada mayoría del pueblo colombiano.

Si, pues, el doctor Núñez no fue nunca radical; si por el contrario, combatió siempre a ese partido, ora desde el gobierno, ora desde la oposición, y no quiso firmar la flamante constitución de 1863; si fue su adversario durante toda su vida pública ¿cómo pudo haberle hecho traición?—

Pero declaró caduca la constitucíón radical bajo cuyo imperio había sido electo presidente de la república. Convenido: pero él no hizo sino declarar un hecho: el de la caducidad de esa constitución, causada por la rebelión armada del partido radical contra su propia obra.

Veamos lo que dice a este propósito una autoridad poco menos que irrecusable.

«Sea lo primero recordar el hecho indiscutible de que la constitución de Rionegro era irreformable en la práctica, a causa de que las condiciones que ella misma señalaba para la reforma eran absolutamente imposibles. Podía suceder que, al buscarse la manera de cumplirse esas condiciones, resultara que todas las asambleas de los Estados, toda la cámara de representantes, todos los municipios obrando en representación de la república, y todo el senado menos dos de sus miembros, solicitasen la reforma; y sin embargo la tal reforma encallaba en la involuntad de esos dos senadores. Al reglamentar la reforma de la constitución, se tuvo cuidado de poner a la rueda un pequeñísimo obstáculo que durante veintitrés años impidió corregir el código: esa pedrezuela, ese bastoncillo que paraba la rueda era la unanimidad del voto del senado, que jamás podía conseguirse».

(1) E. G. B.: *25 años a través del Estado de Antioquia*—pag 201.

Además «la constitución de Rionegro llegó a ser reprobada por todos los partidos; por los ciudadanos notables en todos los Estados; por los mismos autores de la ley fundamental; y por extranjeros prominentes que, a pesar de su natural discreción, calificaban dicha carta como detestable, por razón de sus absurdos y de su inconveniencia.

»De manera que había honradez muy grande para reconocer el mal, pero no había posibilidad de sanarlo, porque el mismo mal no era susceptible, no diremos de remedio sino de la aplicación del remedio, a causa de la condición irreformable de la ley de las leyes».

Por otra parte, la caducidad de esa constitución está apoyada en «la historia de Colombia y en cierto principio universal».

«La guerra de 1840 produjo inmediatamente la constitución de 1843; la de 1851 engendró el estatuto de 1853; la de 1854, aunque con más espacio, condujo a la reforma de 1858, y la de 1860 fue causa de la constitución de 1863. De modo que, conforme al principio de que la guerra pone fin a los tratados, el concierto mantenido entre las comunidades políticas por las varias constituciones nacionales, se rompe y deja de subsistir en virtud de las hostilidades armadas.

»Ese era el estado de las cosas cuando el doctor Núñez declaró írrita e inválida la constitución, no por virtud de su voluntad personal, sino por virtud de los hechos, de la historia, de los ejemplos y de los antecendentes. Lo que otros habían hecho estaba justificado por la conveniencia general y por el bién común: ¿por qué lo que hizo el presidente Núñez ha de ser excepción, y ha de juzgarse con criterio aparte y de acuerdo con reglas especiales?

»Los que abrieron la puerta a las constituciones de 43, de 53, de 58 y de 63, obraron bien y tuvieron derecho para obrar bien; pero el que abrió la puerta a la constitución de 1886, ése hizo mal y careció de derecho, sólo porque usó de mas franqueza y porque consultó escrupulosamente la opinión de los municipios.

»Este es uno de los hechos que comprueban la inmensa injusticia y la ingratitud imponderable que solemos aplicar a la regeneración y a su principal autor» [2].

En resumen, la condición de irreformable impresa en la constitución de 1863; la reprobación nacional de esas instituciones, que no llenaban el fin para que fueron creadas; los juicios adversos de los prohombres del radicalismo, algunos de ellos emitidos desde las alturas del poder, que confirmaban el absurdo y la inconveniencia de tales instituciones; el procedimiento histórico para la reforma de las constituciones anteriores y la misma rebelión armada que dió lugar a la aplicación del principio de que la guerra pone fin a los tratados y convenciones, justifican de sobra la declaratoria de caducidad de aquella flamante constitución.

2. *Sueños de Luciano Pulgar*—T. V.—(Pág. 258 y sig.)

Traidor hubiera sido el doctor Núñez a los partidos que siguieron las banderas de la regeneración si no hubiera cumplido las promesas de orden, de justicia y libertad que informaban su programa.

Pero se dirá aún: si el doctor Núñez no fue radical; si la opinión pública, y la historia, y el derecho universal lo justifican por la caducidad de la constitución, el doctor Núnez siempre fue traidor porque al reconstituir el país no impuso sus principios liberales en las nuevas instituciones.

Al concluirse la guerra promovida por el partido radical en 1885, no quedaron en presencia sino dos partidos: el *radical*, vencido en las urnas y en los campos de batalla y el *partido nacional*.

El partido liberal independiente y el conservador,—corrientes de dos tendencias políticas nacionales moderadas, se fundieron en uno solo que reorganizó el país. En ese momento histórico los partidos tradicionales habían dejado de existir, no había partido liberal a quien traicionar ni partido conservador a quien hostilizar. El doctor Núñez se limitó a someter las bases de la nueva constitución a las municipalidades de la república, para que dijeran si las aprobaban o no, y una vez aprobadas por ellas, los Estados nombraron los miembros del consejo de delegatarios que debía reconstituir la nación. La mitad de esos delegatarios pertenecía a la tendencia liberal, la otra a la tendencia conservadora. La voluntad del presidente Núñez nada tuvo que hacer en ese consejo de sabios estadistas, cuya serenidad y alteza de pensamiento tuvimos la suerte de presenciar.

Pero veamos, sin embargo, un poco cómo era el liberalismo del doctor Núñez. Escuchemos algunos de sus conceptos.

En 1864 (acababa de salir de Colombia) dijo en una revista enviada de N. York.

«En este país, o en una gran sección de él por lo ménos, el sentimiento religioso prepondera hasta el punto de ejercer poderosa influencia. Creo que una parte de los progresos políticos de este país se debe a la dirección que se ha dado y al cultivo que han tenido los sentimientos religiosos. A falta del principio de autoridad, tan necesariamente débil en las democracias, es indispensable buscar elementos de orden en los dominios de la moral».

En el mismo año escribió:

«En todas las sociedades políticas, así como en todas las demás cosas del mundo, un elemento conservador es indispensable como principio de existencia y de progreso.

»En la nomenclatura apasionada de los partidos, todos los elementos de aquel nombre han sido confundidos con la inacción y aún con el retroceso; y digo «confundidos» porque hay tanta distancia entre lo uno y lo otro, como entre el bien y el mal, o lo verdadero y lo falso, hablando en absoluto».

Y también escribió: «Pero debemos advertir que no porque nos consideremos en época de renovación, renegamos de las opiniones políticas de que hemos sido y seremos incansables sostenedores...

»Rechazamos el jacobinismo, porque el jacobinismo no es la «libertad, sino la anarquía; pero el liberalismo que ampara todos los derechos, comenzando por el de creer, es y será la fe política de nuestro corazón». Este mismo liberalismo fué el que proclamó cuando dijo: «Miembro irrevocable del liberalismo colombiano, no omitiré cuando de mí dependa para recomponer sus diseminadas fuerzas, considerándolo como sinónimo de justicia en acción y de moralidad. Colombia es y será siempre país democrático; pero es en las democracias, precisamente, donde más se necesita debilitar los instintos materiales del egoísmo».

En estas citas, el doctor Núñez reconoce la influencia benéfica de los sentimientos religiosos en la marcha progresiva de las sociedades políticas, y la necesidad en ellas de un principio conservador como elemento «indispensable» de existencia. Estos dos principios los mantiene y ha mantenido siempre el partido conservador colombiano.

«El pecado original de que hablamos, decía, fue la revolución de 1860, que socavó el principio de legitimidad, quitando consencuencialmente al movimiento político un resorte moral que no ha podido suplirse con medios artificiales, tan deficientes como peligrosos. Algunos de esos medios han sido aún, prácticamente, agravaciones del mal».

Nos parece que la legitimidad de los gobiernos es causa de su autoridad, y esto mismo sostiene y ha sostenido siempre el partido conservador.

Insistiendo sobre el mismo tema, dijo: «Bolívar tuvo clarísima visión de lo que debía hacerse después de la titánica guerra que terminó militarmente en Ayacucho. El dijo, como recientemente Thiers en los albores de la nueva era política: «República autoritaria o anarquía». Bolívar todo lo previó y vaticinó, con su maravilloso genio; pero no fue creído, ni era posible que lo fuese en aquellos febriles tiempos».

«En el congreso de Angostura dijo: «Por exorbitante que parezca la autoridad del poder ejecutivo en Inglaterra, quizá no sería excesiva en la república de Venezuela. Nada es tan peligroso para el pueblo como la debilidad del ejecutivo, y si en un reino se ha juzgado necesàrio concederle tantas facultades, en una república son éstas infinitamente más indispensables. La monarquía debe ser expansiva y la república autoritaria».

«El principio de autoridad es el primer instrumento destinado a la larga y complicada tarea de civilizar la especie humana, domesticándola, por decirlo así, reemplazando poco a poco sus brutales instintos con instintos benéficos. Todos los elementos del principio de autoridad deben adunarse para obtener ese resultado, y al paso que la civilización avanza, los medios de represión pueden ser menos inmediatos y enérgicos».

Más que todas las citas anteriores, nos va a decir la muy sugestiva que el doctor Núñez hizo de Jules Simón—«autoridad altamente respetable» sobre el liberalismo del estadista colombiano:

«Siempre he creído, y hoy más que nunca

creo, que Francia es país conservador y que sólo a este precio y con esta persuación puede vivir. El tiene tanto miedo a la comuna como a una revolución, y cuando se cree amenazado por la primera, vota a la derecha, como cuando juzga próxima la segunda, vota a la izquierda; de manera que si viere un partido firmemente resuelto a salvarlo de la una y de la otra, y capaz de hacerlo, se pondría al lado de ese partido con toda su alma. Tarde o temprano eso habrá de suceder, y la misión de todos los hombres sanos es apresurar la hora. No necesito añadir que la república conservadora, como yo lo concibo, es al mismo tiempo liberal, así como no puede ser verdaderamente liberal sino siendo conservadora.»

Así era el partido liberal de que el doctor Núñez se declaraba «miembro irrevocable», y la fundación del partido nacional, la realización en Colombia del partido que para Francia deseaba el insigne Jules Simón.

La traición del doctor Núñez a su partido, a las instituciones o a sus principios, no aparece por ninguna parte. Su liberalismo de buena ley no se dejó contaminar del radicalismo degenerador, quizá defendido por las ideas espiritualistas que dominaron siempre en su mente.

«El doctor Núñez jamás expuso en los escritos que de él conocemos las tesis anticatólicas que se derivan del libre examen o de la libertad de conciencia en asuntos de gobierno. El no sostuvo jamás, ni planteó siquiera exprofeso esos principios... Seríamos intrusos y temerarios si nos metiéramos a conjeturar lo que el Presidente (Núñez) pensó siempre o determinados días sobre esas cosas; pero el hecho de no haberlas expuesto, ni analizado, ni mucho menos defendido, permite pensar que su liberalismo, más bien que teoría o doctrina, fue un método y un sentimiento, reflexivos y reiterados, en favor de la justicia como equivalente de libertad», dice M. F. Suárez en la pág. 115 del tomo 5º de los *Sueños de Luciano Pulgar*.

En otro artículo, si Dios quiere, examinaremos su escepticismo, valiéndonos, como para el actual, de los datos que nos suministran los *Sueños de Luciano Pulgar*, monumento de literatura y de crítica del nunca bien lamentado don Marco Fidel Suárez (Q. E. E. G.)

Eremita.

San José,
Costa Rica.

Un drama verdadero de Vera Sergine

=De *La Nación*. Santiago de Chile.=

—¿Cómo ten pasado, Excelencia?

—Muito ben, obligado. ¿E vocé cómo pasó?

—¿Acredita os rumores de nova revolucao Su Excelencia?

—Nao. Meu corazao extremecido de portugués nao acredita. Nao. ¡Qué vergonha!

Esta conversación tenía lugar en los ventilados salones del Duque de Palmella, entre Joao Bandeira Peixoto, joven oficial de marina portuguesa, y Alves Teixeira de Ferro Preto, amanuense en el palacio de Comunicaciones y hábil jugador de tresillo.

Eran aproximadamente las seis de la tarde. Por la terraza del palacio, que está situado en las alturas del Largo do Carmo, veíase pasar todo cuanto queda de elegancia, talento y fortuna en Lisboa. El duque de Palmella se despedía con esa fiesta para partir la mañana siguiente a París con su buena amiga Vera Sergine. Por toda esa terraza respirábase un olor fuerte y agradable; mujeres con olor a flores y flores con perfume de mujeres... Caras tostadas de países de abanicos; manos de marfiles chinescos; cabelleras como ébano y caoba. La última elegancia portuguesa se daba cita en los salones del Duque para despedirle. Era una fiesta muy dulce y lánguida a la vez, como fin de aristocracia. Por entre los helechos y las enredaderas de rosas divisábanse los barrios de la ciudad, el Puerto, el Chiado, la Aduana, la estación de Rocío a la izquierda, echando humo, y, más lejos, las coloraciones verdosas de Ajuda. El Tajo cortaba el panorama como un alfanje.

Alves Teixeira y Joao Bandeira pasaron hacia los salones donde servían el té. En ese momento Vera Sergine recitaba las *Lapidarias de Fadrique Mendes*. Sus brazos extendidos por las ventanas hacia el panorama parecían evocar toda la vida pasada de la ciudad. El Duque la escuchaba arrobado bajo un cuadro de Lawrence. Sus manos finas, donde se notaba un cabochón de zafiro, sostenían la taza de té, o cha, como se dice en la China y Portugal. No olvidemos que los navegantes portugueses descubrieron esa infusión oriental. Los ojos de ese último duque de Palmella tenían la forma arqueada de las pagodas; un imperceptible retorcimiento en los extremos de los párpados como los tejados de las casas portuguesas a fines del siglo XVIII.

Antigamente en Abril
as colinas de Estoril

terminaba la artista francesa con el estribillo tan conocido de las *Lapidarias* y una salva de aplausos salía de todas las salas y salones abiertos con un ruido de alas de pájaros que levantaran el vuelo.

Joao Bandeira Peixoto aplaudió lentamente y casi sin hacer ruido; sacó su petaca de carey con iniciales de oro y encendió un pitillo de tabaco brasileño. Acercándose a Vera Sergine, que recibía felicitaciones dulces como la miel, entreveradas con ramos de auténticas orquídeas, la dijo:

—Emperatriz da belleza, rainha do talento; o Portugal republicano nao ten jolhas para adornar issa fronte perfeita.

Vera sonrió. En ese mismo instante el duque de Palmella tomó de un brazo a la artista y la hizo volver bruscamente espaldas a Joao Bandeira Peixoto, cuya espada de marino cayó algo bruscamente sobre el parquet. La artista y el noble lusitano siguieron hasta un bosquecillo de arrayanes que ocultaba un templete de estilo manuelino en uno de cuyos bancos se sentaron. Como a la sordina se escuchó la orquesta anunciando el baile en los salones. Joao Bandeira Peixoto, medio oculto en la terraza, se puso a mirar hacia el templete.

Demasiado conocida es la figura de Vera Sergine para que intentemos aquí un esquemático retrato de ella. Bástenos citar la frase de Honorato Castelfugit, el fino crítico teatral del *Journal de Debats*. Dice en una de sus glosas que el arte de Vera Sergine es clásico y moderno como esas orfebrerías orientalistas del bulevar Haussman, que añaden a la estatuaria clásica gemas policromas para conseguir esa vibración y dinamismo que reclama febrilmente este siglo. El duque de Palmella era hombre de unos cincuenta años, pero conservado como pocos jóvenes. El jaquet de corte aguilucho con ribetes valoraba admirablemente su derechura y formas atléticas; llevaba chaleco de piqué blanco, cruzado, cuello de pajarita estilo Chamberlain y corbata plastrón. Nadie llevaba el monóculo con tanta desenvoltura como él. Digamos que el monóculo es la última elegancia portuguesa y revela esa cosa de mitad que tiene Portugal; el monóculo mira con media cara, así como los anteojos revelan el deseo de mirar las cosas con toda la cabeza. Portugal, medio español, medio republicano y medio brasileño. contempla las cosas con monóculo.

Joao Bandeira Peixoto se mordió

los labios contemplando a la pareja. Estaba enamorado de Vera Sergine, pero enamorado como loco, es decir, con toda su ardiente sangre portuguesa. Tenía el cabello ensortijado y los labios gruesos, sin ser mulato. Apoyado en la balaustrada del palacio, destacándose frente al panorana en ese atardecer, recordaba el retrato del Ministro Serpa Pinto por Van der Goes. Era todo el Portugal dominado por las Colonias. Claramente revelaba la sangre de su abuela materna, rica propietaria de Pernambuco, que casó en 1840 con el Comendador Passos Guimaraes Peixoto. Un antepasado suyo, también marino, sorprendió a su mujer en delito afrentoso y la llevó en su propia fragata para entregarla a las tribus sádicas en Mozambique. Apenas podía contenerse ahora mirando al Duque, cuyas manos desaparecían tras la cintura de Vera Sergine. Su rostro estaba impasible, pero su pie derecho, levemente suspendido sobre el suelo, temblaba. Quería darse el placer voluptuoso de los celos; les veía casi entrelazados, envueltos por frases y miradas, escuchando la música como arrobados. Ahora comprendía bien claramente Joao Bandeira por qué Vera no había contestado una sola de sus cartas: estaba enamorada del Duque.

Serían las nueve de la noche cuando llegó su amigo Alves Teixeira. La ciudad resplandecía de luces y el Tajo parecía haberse llenado de brillantes sardinas; todas las perlas eléctricas se reflejaban en el agua del río. En los salones fragantes del Duque cantaban canciones brasileñas en esas guitarritas de Bahía que parecen de juguete:

Ven ca mulata
nao nao
soy democrata
de coracao.

—Te noto muy pensativo, dijo Alves Teixeira.

—¿No ves, acaso, que mi corazón palpita como un motor y que mis sienes están atiborradas de sangre?— dijo Joao Peixoto, impaciente.

—Has colocado mal tu amor, dijo el amigo. ¿No ves que Vera está locamente enamorada del Duque,? ¿No sabes que esta fiesta es para ella, que el templete ha sido edificado para ella y que mañana parten juntos en el «Mosella» hacia París?

—Nada de eso sabía hasta ahora, respondió Joao Bandeira Peixoto, pero te aseguro que Vera no podrá amar nunca más en este palacio.

—No te comprendo. Embarcan mañana a las nueve, dijo Teixeira.

—La paz de estos jardines de amor ha terminado, repuso Peixoto.

En este mismo instante rompieron los acordes de la Marcha de Schubert a pedido de Vera Sergine.

La revolución.—Son las seis de la mañana en el Tajo. El capitán Joao Bandeira, ojeroso, febril, se pasea por la cubierta del «Carvallo Araujo», crucero de tres mil toneladas.

Fondeados muy cerca, en fila, están los otros barcos de guerra del mismo tipo: el «Oito de Setembro», el «Adamastor» el «Amaral de Abrantes». Más lejos vese al trasatlántico francés «Mosella» con sus chimeneas amarillas que fuman humo color chocolate.

En la ciudad dormida las primeras varinas pasan con sus cestas de pescados cruzando la plaza del comercio. Escúchanse lejanas campanas en Nossa Senhora da Coceicao.

Joao Bandeira Peixoto ríe con una risa de Gioconda y dirige sus anteojos hacia las alturas do Carmo donde se ven las flores y torrecillas del palacio de Palmella. Está impaciente. No puede contar sino con dos cruceros, porque el «Amaral» y el «Adamastor» fueron desarmados por orden del Dictador. Se escucha una corneta que rebota en la bahía.

A poco se levanta la penumbra matutina y la capital brilla en una fiesta de sol. Tejados, cúpulas, flores, varinas, belvederes, terrazas.

Miles de palomas picotean voluptuosamente desperdicios a flor de agua.

No es casta la forma como se posan sobre el mar esas aves grasas, de plumaje aceitoso; es una caricia; abrazan las espumas y besan repetidas veces, con pasión. Las colinas de Lisboa son amables, con curvas de mujeres.

A las ocho una lancha cruza la bahía. El marino distingue perfectamente con sus prismáticos a Vera Sergine y al Duque con su servidumbre y maletas, que se dirigen al «Mosella». Llegan al trasatlántico francés, suben la escalerilla; se miran tiernamente y dicen adiós al palacio que se divisa en la lejanía, con sus explanadas de flores, sus cúpulas y templetes. Vera hace un signo de la mano, embelesada, al nido de amor.

A las nueve en punto, cuando el «Mosella» empieza a moverse, un cohete parte de la torre de Belem, otro de la Aduana y un tercero de Ajuda. Es la señal de los conspiradores.

Joao Bandeira Peixoto llama a su ayudante Terebinto Pimentel y dirige la puntería de los cañoncitos de proa. Al partir el primer cañonazo la marinería, en fila, tira sus gorras al aire y se escuchan gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva el ocho de setiembre! ¡Viva Alfonso Acosta!

Joao Bandeira dirige personalmente el tiro; la primera bala pasa rozando la cúpula del palacio, la segunda cae en la terraza y, por fin, la cuarta, destroza el templete griego. Vense volar pedazos de madera, mampostería y flores por el aire.

Desde la cubierta del «Mosella» en marcha rápida, el Duque y Vera presencian la destrucción de su palacio, de su nido. Poco a poco el tiro va haciéndose más intenso y certero.

El «Oito de Setembro» coloca cinco granadas seguidamente en el blanco, destruyendo los cuadros de Lawrence y la antigua colección de marfiles chinescos valorada en mil contos. Los cañonazos, de manera artística, admirable, a compás, entonan la marcha de Schubert.

A las doce del día el palacio del Duque de Palmella es un montón de escombros y Joao Bandeira se pasea en la cubierta fumando y abanicándose con un número del *Jornal Oficial*. Ya no queda un solo proyectil a bordo y los marineros bajan canoas para continuar la lucha en las calles de la ciudad.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Por Delucchi

Baldomero Sanín Cano

=Del tomo *Crítica y Polémica*. 3ra. serie. Editorial «Buenos Aires». 1927=

Cuando a principios de 1925 llegó Sanín Cano a Buenos Aires, aunque gozaba de antiguo prestigio en algunos círculos intelectuales, acaso no faltó quien viera demasiado énfasis en el saludo con que lo señalé a la juventud como maestro del linaje de Montalvo, de Martí, de Rodó, cuya palabra podía servir de ejemplo y consejo. Me creía con derecho a hacerlo, si consideraba, sin prejuicios de distancia en el tiempo y en el espacio, el idealismo animador de su labor de publicista, la amplitud y claridad de su mirada, su amor a América y su celosa inquietud por el porvenir de ésta. Poco después, en una demostración de afectuosa camaradería, confirmando mi juicio podía decirle:

«En otra ocasión he celebrado, hablando de Rodó, lo que es un maestro, una mente recta y sabia que nos guíe por el camino de la perfección espiritual, y como tal os propongo a los argentinos. ¿Cuándo, más que ahora, que una sociedad, un mundo, una civilización se deshace y se desmorona ante nuestros ojos espantados, hemos necesitado de guías expertos? Infinitos caminos se abren ante la ansiedad de América, que así pueden llevarla a realizar el alto destino que de ella esperamos, como a extraviarla quién sabe en cuales encrucijadas. Infinitas voces discordes suenan en nuestros oídos en esta hora babélica, señalándonos las rutas más opuestas. Hasta las milenarias del Asia nos aconsejan algunos! Nosotros aun creemos en la virtud de la civilización greco-romana, la *humanitas*, que puede informar e inspirar la experiencia histórica de América, a la que no desdeñamos; y todavía somos muchos los que ascenderíamos las gradas de la Acrópolis para repetir ante Atenea la plegaria de Renán. No creo engañarme, maestro, si pienso que podemos contaros entre los nuestros. Hijo de América, no teméis la democracia ni la libertad. Podéis condenar, habéis condenado sus errores y parodias, pero nunca renegaríais de ellas. Los valores caducos de Europa, sus extravíos presentes, no os alucinan ni seducen. Siempre fuisteis un severo censor del militarismo, de la diplomacia enredista, de los turbios manejos financieros, de la venalidad de la prensa, de la concupiscencia, inmoralidad, frivolidad, anarquía de esta sociedad decadente. De estirpe hispana, manejáis con perfecta maestría nuestro idioma, por el que el nombre y el espíritu de España sobrenadarán sobre la corriente de los siglos. Vuestra cultura es aquélla, universal, que sólo son capaces de atesorar con juvenil avidez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habéis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor, con la cual podrían y deberán formarse muchos libros orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosamente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en *La Naci.n* y después que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habéis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que ha acrisolado su cultura y madurado su pensamiento. Vuestros artículos, vuestros ensayos, son de una pieza: dicen bellamente, con vigor y rigor lógicos, cosas nobles y justas. La larga residencia en Inglaterra ciertamente no ha sido ajena a vuestro perfeccionamiento espiritual. Tan español como sois por la lengua rica y jugosa que manejáis, tenéis mucho de inglés por la seriedad y solidez de raciocinio. En vuestros escritos nunca asoman la garrulería, el conceptismo, el preciosismo que tantos estragos hacen hasta entre los más agudos ingenios españoles. Aquella digna seriedad del pensamiento que tanto debe a las disciplinas clásicas, que se muestra en los publicistas ingleses, así llámense Macaulay como escriban en los periódicos del día, seriedad que no está reñida con un sano humorismo, no es el rasgo menos característico y precioso de vuestra obra. Y como habéis contemplado durante muchos años las cosas del mundo desde un alto observatorio europeo, apartado de las mezquindades del localismo y desligado de los intereses creados, y sois independiente y tolerante por naturaleza, no hay impulso ni movimiento modernos—aunque encontrados, en esta época de todas las tentativas y todas las experiencias—que no hayáis considerado con comprensiva atención. ¿Qué más se necesita para hacer un maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo tenéis.»

Sanin Cano apartó de sí, sonriendo, mi elogio. No soy poeta, no soy novelista, no soy dramaturgo, no soy filósofo, no tengo publicado ningún libro de ensayos: soy un periodista, nada más—nos decía bromeando ingeniosamente aquella noche (1).

Efectivamente; Sanín Cano es un periodista. La profesión, que deshonran muchos analfabetos y otros tantos sinvergüenzas, no es de por sí inferior a sus congéneres literarias: tiene noble y antiguo abolengo y es bastante anterior a los formidables rotativos; es con seguridad anterior al periodismo. Si no recuerdo mal, Pablo de Tarso era periodista. Sólo que en

(1) «Faltando a mi natural timidez, y exagerando un tanto vuestra penetración, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porquc jamás he escrito versos; no le tengo entre los novelistas porque incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles enseguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas. pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las espectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisiaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado enigma del universo. No tengo, por lo tanto, rival, entre los filósofos Por último no tengo rival entre los periodistas porque, como vosotros sabéis, en esa bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible». (*Nosotros*, abril de 1925.)

(*Pasa a la página 28*)



El poeta Adolfo Milanés

Hace años, no sé cuántos, tal vez muchos, estoy en deuda de admiración con Adolfo Milanés. No es una admiración retributaria, puesto que el poeta nunca ha escrito una línea que pueda halagar mi vanidad, que ya a estas alturas otoñales no calientan los elogios con el mismo ardor y vehemencia que a los veinte años, pero sí con la misma sinceridad cuando se tiene el corazón en alto. Mas esa deuda ha de quedar saldada en esta ocasión para que el público de América conozca, desde esta atalaya del Repertorio Americano, a un verdadero poeta, el menos aparatoso y descoyuntado en estos tiempos de porfía por toda suerte de extravagancias, pero también el más sencillo y original con relieves muy acentuados.

En un medio esencialmente impropio, en Ocaña, una pequeña ciudad de Colombia enclavada en una risueña hondonada y circuida por una cadena de montañas de la estribación andina que va a morir en Venezuela, con un clima delicioso y un cielo siempre azul, el poeta Adolfo Milanés se ha impuesto por su indiscutible talento y por la fuerza y entereza de sus convicciones así artísticas como filosóficas, entre la incomprensión de los unos, la envidia de los otros y el corrosivo y malévolo fanatismo religioso de todos. (El caso de protesta contra Luis Tablanca por la publicación de su última novela *Tierra Encantada*, comprueba este aserto.)

En los comienzos de sus aspiraciones literarias, junto con otros compañeros, hubo de apelar al disimulo del pseudónimo para esquivar los golpes de la crítica rastrera de campanario, y así el escritor contradijo el refrán castellano de que ninguno es profeta en su tierra.

Se le ha motejado al poeta la incuria lamentable tanto para las labores intelectuales como habituales, que le hace abandonar el trabajo una vez emprendido, y esa dejadez y negligencia por las faenas cotidianas, pero esto, que a la simple vista pareciera un defecto, es tan sólo el fruto de su espíritu bohemio, de su temperamento libre que no se aviene con las obligaciones que impone una rutina enfermiza y que le hace prorrumpir en gestos de protesta contra las rigideces de la línea recta. De aquí que todavía no conozcamos un soneto suyo, porque el molde severo en que tendría que vaciar la idea le haría desistir al punto de su intento. Y así, su impaciencia se aminora manejando los octosilábicos armoniosos o los versos de hemistiquios marcados en que se puedan ejercitar más amplias libertades, atendiendo solamente al ritmo.

En esta hora de transición en que se intenta imponer reglas nuevas en todos los órdenes de la vida, sin tener en cuenta que la belleza será siempre eterna donde quiera que se encuentre, las poesías de Adolfo Milanés encajan en el presente minuto de evolución hacia unas normas más libres, hacia una meta en donde soplan vientos más en consonancia con su independencia espiritual. Sus versos que tienen un noble sello de gracia y originalidad muy espontáneas y en donde se nota que no ha habido esfuerzo por ser raro, contrastan con las poesías contorsionadas y obscuras de los que no teniendo ideas cifran su afán en asombrar las almas sencillas con las lumbraradas momentáneas de un infantil fuego de artificio.

En aquella monótona ciudad de provincia, Adolfo Milanés va por la vida sin la urgencia que requiere el tráfago de las capitales populosas, y así, entre un escándalo amoroso largamente planeado, una francachela alegre, el peligro de una zambra eleccionaria o los azares de alguna combinación política, pasea el poeta sus arrogancias ingenuas buscándoles a los acontecimientos el motivo de la ironía sangrienta o la nota de piedad que conmueve con intensidad su corazón, hondamente sensitivo. Cuando se necesita entablar una campaña para sustentar una idea o surge la polémica candente sobre determinada doctrina, desaparece entonces el poeta suavemente romántico y queda el prosador contundente, el prosador admirable y cautivante, que con su prosa encantada y a las veces cruel, hiere con golpes imprevistos a su contrincante. Se indigna, con una indignación sincera cuando el agresivo y solapado fanatismo de su adversario entroniza el Corazón de Jesús en el salón del Ayuntamiento, no como lo que en realidad es, un altísimo símbolo de amor, sino como enseña de odio, como bandera partidarista, antes que como espíritu fraternalmente humano. Y todas estas rebeldías, en tierra de fanáticos, en donde el jesuitismo se ha extendido como la mala hierba, hacen que sea el hombre más combatido de su provincia.

No pasarán de una treintena las poesías de Adolfo Milanés, pero esas pocas composiciones han hecho que el poeta figure ya entre los elegidos de los dioses. Esa sencillez y originalidad que campean en la obra del bardo, de un estilo completamente propio, hacen que esté en primera línea entre los cultivadores de la gaya ciencia. La poesía que ha titulado *Anima aquæ* en que el poeta se cruza de brazos para contemplar la desolación de una «fuente exhausta», y reza una oración por el alma del agua, bastaría sencillamente, si no hubiese escrito otras, para hacerle aparecer entre los primeros en cualquiera antología, salvándolo del olvido. *Curvatura*, una de sus últimas producciones, de una rareza y hondura extraordinarias, nos da la sensación de ciertas creaciones plenas de originalidad y encanto, en que a la forma extraña se une la novedad de la idea. *Fragmentos* es un bello cuadro de tonos muy destacados visto en la sobretarde que agoniza. Y así, todas las hermosas poesías de esta página lírica que hoy publica el Repertorio.

Si todavía no estoy dado al olvido, estas ingenuas reminiscencias irán a decirle cuánta es mi admiración por el poeta y el cariño fraternal por el óptimo camarada, cuyo recuerdo se alza perenne por entre la clara lejanía de la tierra nativa, al conjuro de una amistad inextinguible.

Edmundo Velásquez

San José de Costa Rica.
Abril de 1927.

Página lírica

de Adolfo Milanés

Anima aquæ

Sobre el lecho arenoso
de las fuentes exhaustas
rezo, ¡quién lo creyera!
por el alma del agua.

Las fuentes se durmieron
rumorosas y mansas...
¿Qué sentirán los cántaros
por las fuentes exhaustas?

En mi espíritu enfermo
una tristeza canta...
¿Qué soñarán los musgos
por las fuentes exhaustas?

Y en mi interior una
tristeza llora y canta,
una tristeza ingenua,
¿será el alma del agua?

Lied

Los hombres nos vamós
y las cosas quedan,
queda lo insensible,
queda la materia.

Y se esfuma la célula activa
que piensa,
y se desbarata el cordaje divino
que vibra y que sueña,
y desaparece la lengua que canta
y el ojo que vela.

Los hombres se van y no vuelven nunca,
mas las cosas quedan...
Los hombres vivimos unos pocos soles
y siglos y siglos perduran las piedras.
¡Señor!
¿Por qué viven menos las cosas que viven
y por qué más viven las cosas ya muertas?

Linda mujercita
que el ámbito obscuro de mi vida alegras,
dame pronto el licor que del labio
es miel que se acendra,
porque yo me voy, me voy y no vuelvo,
y las cosas quedan...

Resurrexit

Lleno de magnificencia
como un príncipe de mi raza,
se irguió Jesús sobre la piedra,
sobre la dura piedra blanca.

Triste la luna se escondía
con fulguración extraña;
como una mujer enferma
la media noche tiritaba.

Silenciosos los tamarindos
en la ciudad de las granjas
lentas las ramas movían
como si se persignaran.

Y el gran Nazareno erguido
entre la albúra de las sábanas
sintió el cansancio del triunfo
como un artista de mi raza.

Fragmento

Arrebujada en la silla
contra el marco de la puerta
la abuelita amostazada
recose la saya vieja,
y a su lado el nietezuelo
lee, para que oiga la abuela,
en un raído libraco
vida de santos. Empieza
a languidecer el día
con una calma suprema...

En la barda un gallo entona
su único canto. En la éra
un gato está hipnotizando
a una lírica oropéndola,
y en el soto confundidos
entre arbustos y malezas
un asno come tranquilo
y una vaca rumia y piensa...

la noche como una esponja
va borrando la acuarela...

Egloga

I

En la mañana azul todo era blanco:
blanca la nieve errátil que envolvía
la tranquila heredad; blanca la leche
que de la ubre rubia de la vaca
exprimía tu mano de alabastro
en la vasija rústica. Más blanco
era tu delantal de tela blanca.

II

Lloraban sus viudeces las palomas
sobre las altas copas de los árboles,
cuando llegaste al pozo tarareando
a llenar la botija de agua fresca,
menos fresca quizá que tus mejillas
que tienen la frescura de las hojas
en los amaneceres montañeros.

III

Parlaban sus amores los zagales
mientras astillaban con el hacha ruda
el ya seco arrayán, cabe la puerta
de la cocina bienoliente a troje,
y tú molías en la piedra clásica
el menudo maíz recién cogido
para con él hacer la blanca arepa,
no tan blanca quizás en su blancura
como tu delantal de tela blanca.

IV

Corrían por el patio los becerros,
cantaban las perdices en las lomas,

el pavo real inflaba su plumaje
para ofender a la gallina humilde;
un can entre la puerta redoblaba
la vigilancia policial, en tanto
que yo rumiaba con la mente el verso,
estos versos acaso no tan blancos
como tu delantal de tela blanca.

Insomnios

Tú tenías tu lamparita
de aceite, tu Cristo y tus pavos,
tus pavos viejos que se inflaban
en la alegría del patio.

Yo te ungía suavemente
los sentidos con mis labios,
con el óleo de mis besos
extinguía tu pasado;
y tú reías y reías
con delicia, y tus pavos
abrían sus abanicos
en la alegría del patio.

Tu lamparilla brillaba
al pié del Cristo de escarnio,
tu lamparita era débil
como un recuerdo lejano.

Yo me ponía tu suave
gorro de piel y tu manto,
y entonaba mi letanía
para tu Cristo de escarnio,
y tú reías y reías
con risa extraña, y tus pavos
graznaban medrosamente
en la penumbra del patio.

¿Que vuelva a ungir tus sentidos
con el óleo de mis labios?
¿Aún brilla tu lamparita
al pie del Cristo de escarnio,
aún brilla tu lamparita
como un recuerdo lejano?

Campestral

Extraña cinta de encaje
teje la uva y enreda.
La blanca casita queda
escondida entre el ramaje.

El es un guapo sencillo
y ella una rubia que encanta.
El viste de ruda manta
y ella de leve olancillo.

Derrámanse en sus alcores
las primicias otoñales.
Ella cultiva las flores
El la mies y los maizales.

Y cuando la luz postrera
del sol débil ilumina,
él baja de la colina
y ella en el dintel lo espera

Y surge la noche bruma...
y en el horizonte asoma
como mística paloma
melancólica la luna...

Y bajo el manto de parra
y la lluvia de fulgores
canta ella coplas de amores
y él rasguña la guitarra.

Vieja rima

Antes de morir tendremos que sufrir
cuando menos un desengaño más;
desengaño de amor, desengaño quizás
del mismo sueño amado que nos hizo vivir
antes de morir...

Antes de montar en la negra quimera
nos hará un gesto de burla la ilusión
de la quimera azul; antes de la postrera
palpitación...

En el labio sediento el licor del vencido
tendrá la amargura del mar;
y a pesar de ser fuerte como Dios lo ha querido
tendremos que llorar...

No te vas

No te vas que aún tengo para consolarte
del mal de la vida
el poder de amarte;
y amar es el fin
y el principio eterno;
amar es tener un sol sempiterno
un hilito de agua y un claro jardín;
es llevar el alma exenta de agravios
y un nidal de besos
cantando en los labios.

Aún tengo en el mundo para hacerte mía
el brazo fecundo
y el alma sedante de melancolía

¿Qué haría sin tus ojos?
¿Qué haría sin tus manos?
¿Qué haría sin el triunfo de tus labios rojos?
¿Sin tus pies que andan
como dos hermanos?
No te vas, te ruego,
porque si te vas,
seré como un ciego,
seré como un ciego qne anda a la ventura
y está por demás. . .

Madre

Mucho lloré por ti; todavía lloro;
lloro pero mis lágrimas no tienen
como en aquella tarde la amargura
de los dolores incondicionales,
porque al través del tiempo tu recuerdo
si se agranda también se torna dulce,
y el llanto que me arranca es tenue lluvia,
rocío que me empapa y no me moja,
bálsamo que me alienta y no me hostiga,
baño que me repara y me perfuma,
brisa de amanecer que me solaza,
rayo de novilunio que es aurora
en la penumbra eterna de mi espíritu. . .
Mucho lloré por ti: todavía lloro. . .

Baldomero Sanín Cano

(Viene de la página 24)

esta época de Lenín, son diversos de los que él usó, los medios materiales de difusión de las ideas.

Refutar una tontería es mucho más espinoso que hacerlo con una idea seria y bien cimentada, porque no se sabe como tomarse con ella sin enredarse en su propia ridiculez. Y difundida tontería en cierto mundillo de pedantes es su finchado desdén hacia los periodistas, nombre que repica en sus labios con retintín. El periodismo es concretación, decisión, acción: es literatura viviente: épocas periodísticas han sido así las de fecunda agitación de los espíritus; periodísticos fueron el humanismo, el erasmismo, la reforma, el enciclopedismo, todas las épocas críticas y panfletarias. ¿En qué órgano de la prensa actual habría publicado Pascal *Las Provinciales?* Nadie niega a Voltaire la no igualada virtud de genial periodista. De haber tenido a su disposición los cotidianos actuales de París y de Londres, ciertamente habría escrito, aparte de sus opúsculos, menos de sus tantas admirables cartas particulares y más «correspondencias». Aquel activo y magnífico carteo de Europa del siglo XVIII era periodismo. Periodista fué en España, entonces, como pudo, el valiente padre Feijóo. Antes de él lo había sido Quevedo. Periodista fué Lessing. Estoy pensando que a Montaigne le hubiera convenido para sus desordenados ensayos, una buena revista acogedora. Precisamente el ensayo suele ser un género periodístico. Otros géneros lo son por naturaleza, la crítica, la sátira.

Recurrir a ejemplos del siglo XIX, el del periodismo. me avergüenza. ¡Ese Sainte Beuve, obligado a cocinar un artículo para cada lunes!

¿Tendré que recordar que el *Facundo* es genuina obra de periodista, como periodistas fueron Alberdi y Mitre?

Y con la extensión enorme que ha adquirido la prensa en todos sus aspectos, ¿qué escritor contemporáneo se resiste a acudir a ella, en procura de pan o de más vasta resonancia?

Lo sé, el periodismo es improvisación y precipitación. Ello es seguro la mayoría de las veces, lo que en fin de cuentas deja un excelente rendimiento de labor asentada. Así y todo, pronto como la percepción y la asociación de ideas, como el pensamiento dialéctico y polémico, como la vida misma, admitamos sus fallas naturales, pero también digámonos que no siempre es discreto excederse en la maduración: demasiado tiempo en la planta, el higo languidece y se seca.

Recuerdo nuevamente a Montaigne, cuando escribe: «Elijo a la ventura el argumento; todos para mí son igualmente buenos, y nunca formo el designio de agotar los asuntos, pues ninguno se ofrece por entero a mi consideración... De los cien carices de las cosas, escojo uno, ya para acariciarlo solamente, ya para desflorarlo a veces para penetrarlo hasta la médula...»

Era Montaigne. De ahí le vino el estilo alerto y familiar, la viva gracia, la fuerza incisiva.

Estas consideraciones, naturalmente livianas, estarían de más si no existiese la plúmbea casta de los pedantes, que repudian solemnemente la vastedad de horizontes del periodismo y la superficialidad que de ella suele derivarse. Especialistas que envían una recensión o una ficha de dos páginas a cualquier anuario científico y se apresuran luego a reproducirla, para que sea conocida *urbi et orbe*, en un folleto de diez y seis, contando las en blanco, mal conciben esa universalidad.

Son dos temperamentos, dos oficios, dos hombres opuestos: los dos caben en el mundo. Y conste que no hablo del sabio auténtico y de sus prejuicios, que ya tienen alguna justificación. En verdad, el periodista de raza, curioso de todo, de cosas, de hombres, de libros, errabundo viajero, incansable *enqueteur*, a la vez artista, crítico, político, sociólogo, filósofo, *causeur*, tal vez más empírico que teórico, más impresionista, que sistemático, nos ofrece en los tiempos modernos la imagen aproximada, incompleta cuanto parezca, del renacentista versado en numerosas artes y ciencias, o del enciclopedista a la manera de Diderot.

Escribiendo sobre Quevedo, ha dicho Alfonso Reyes: «Al desarrollarse el panal humano, ha obrado la división del trabajo por todas partes; uno de los rasgos distintivos de nuestra civilización es la fuerza de especialidad: mal hemos abierto los ojos, cuando ya estamos condenados a pulir determinada cabeza de alfiler; y siempre está la pedantería moderna tratando a los escritores de usurpación, por poco que se desvíen de su oficio reconocido. Así, se ha venido desestimando un poco la profesión general del hombre, y el sueño del enciclopedista nos parece sólo un sueño dorado. Aun las libertades de la conversación—donde es costumbre hablar de lo que no ejercemos—parecen ilícitas a nuestros técnicos. La urgente necesidad de saber, ahoga el derecho de opinar, y se nos repite con la serpiente de la fábula,

que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.

»El día en que sólo a los profesionales de la pintura se consintiera ponderar las excelencias de un paisaje o la vaguedad de un crepúsculo, habría que emprender una guerra para la reconquista del alma».

Esa profesión general de hombre, cuya desestima deplora el talentoso erudito y literato, es la que en todo tiempo ha ejercido Sanín Cano. «Periodista de ideas», como a sí mismo se ha llamado Wells, qué remotos se ven de tales alturas, el gacetillero gárrulo e ignorante y el editorialista machacón y embrollador! Tan lejos están de él como el poeta inspirado del rimador de barrio, como el gran orador del gritón de esquina.

Aunque me duela reconocerlo, no veo entre los actuales periodistas argentinos quien pueda comparársele por la extensión de su información y curiosidad, y el rigor dialéctico. Algunos tenemos estimables, pero. o más superficiales o más circunscritos a nuestras cosas, o bien al libro, con preferencia a la vida múltiple. Grandmontagne, argentino a medias, perteneció a ese linaje; ahora su horizonte se ha estrechado. Prefiero remontarme con el pensamiento a Lucio López, a Cané, a Groussac.

Pero la obra de periodista de Sanín, corresponsal de grandes diarios en algún alto observatorio social, de donde se puede atalayar el panorama humano, ha sido más prolongada, persistente, profesional, diré, que la de aquéllos, y también más abarcadora. Apenas una mínima parte de esa labor, dispersada a través de los años, ha sido recopilada en un volumen, recientemente en Buenos Aires, por un culto editor (1). *Ex ungue leonem.* Son veintiún artículos y ensayos, escogidos entre quien sabe cuantos centenares de mérito no inferior. Con la sola producción suya que yo conozco, leída en las columnas de *La Nación*, o en las de *Hispania*, la sustanciosa revista que en el anteguerra dirigía en Londres Santiago Pérez Triana, y de la cual Sanín era activísimo redactor, me atrevería a formar varios volúmenes más, que no serían indignos hermanos del publicado, ni menos «actuales» Porque, por más que él nos diga en el prólogo que «algunos de los temas tratados tuvieron actualidad antes de ser materia de comento; todo fué aparecer en letras de molde y la perdieron»—la afirmación debe acogerse con reservas. Pasó el hecho, pasó el hombre ejecutor; pero acaso viva para nosotros la vibración intelectual que uno y otro motivaron en el espectador, cuando él se llama Sanín Cano. Un censo arroja en la Gran Bretaña un exceso de población femenina. Siguiendo el hilo de la controversia suscitada por la comprobación, discute el periodista con gran acopio de hechos biológicos, psicológicos y sociales, el tremendo problema del conflicto que se origina entre los humanos «por aver juntamiento con fembra plasentera», como decía el regocijado Juan Ruiz, parafraseando a Aristóteles; y lo que fue una noticia estadística se convierte en un ensayo sobre *el sexo y la equidad social*, de interés duradero y cuyas conclusiones son inquietantes buceos en las tinieblas del porvenir. Mussolini anula la libertad de prensa. Es un minúsculo episodio de la inagotable historia de la violencia política. A Sanín Cano le pica una curiosidad (son sus palabras): averiguar qué parte de la obra poética de Carducci, por ejemplo, ha-

(1) *La Civilización Manual y otros ensayos.* Editorial Babel. Buenos Aires, 1925.

bría dejado de llegar hasta nosotros, si la ley de prensa italiana del 48 se hubiese aplicado con el rigor con que la condensa el decreto del dictador; y a este propósito escribe una informada crónica sobre el aspecto polémico y satírico del rebelde de los *Yambos y epodos*, para concluir con una elocuente confesión de amor a la libertad y aun a la indisciplina y la fragmentación sociales, si en su regazo han de florecer el pensamiento y la poesía, como florecieron en Italia en las épocas más tormentosas. Cuando él fecunda con su ágil inteligencia algún asunto, no hay hecho que permanezca en la esfera de lo accidental y episódico. Por algo su mente generalizadora ha hecho el elogio. contenido en este libro, del valor documental de la anécdota, elevada a símbolo, y es tanta su afición, en su conversación y en sus carillas, a referir cuentos al caso. En el *enxiemplo*, como llamábanle los antiguos, se encierra siempre una filosofía de la vida: lo que importa es saberla extraer.

Cuando releo mis palabras de salutación de 1925, antes transcritas, siento la satisfaccion de no haber equivocado mi juicio sobre Sanín Cano. Hablé entonces guiado por las insuficientes impresiones de la mémoria; ahora estoy en grado de confirmarlas con las recibidas en el trato personal y ante esta primera colección de sus ensayos. Ciertamente aquel apresurado esbozo a lápiz de la silueta intelectual del maestro dista mucho de ser el retrato que yo desearía ofrecerle; pero los rasgos esenciales están. Falta retocar y completar, señalar las cardinales de su filosofía escéptica, que no es propiamente la del descreído, y la rica vena de sus sentimientos, que parecen correr fácilmente por el cauce de la amistad, a la cual rinde un culto ya muy raro (léase en este libro su admirable elogio de Jaime Fitzmaurice-Kelly, que ostenta por momentos las bellezas poéticas de una elegía); insistir sobre el carácter de su humorismo, actitud mental que, aunque preferentemente inglesa, él, español de raza, reclama en primer término para Cervantes; rastrear al fin las fuentes de su cultura.

Sobre esto último, si bien en sus artículos recopilados o no, ha sembrado preciosas noticias directas e indirectas, quien todavía debiera informarnos más ampliamente, es él mismo. Posee Sanín Cano todas las modernas lenguas de cultura—el francés, el alemán, el italiano, el inglés, y naturalmente, las más afines al español—y ha sabido emplearlas dignamente en su provecho intelectual y en el ajeno. Por él sabemos que en Bogotá, más de treinta años atras, «Las obras y las ideas de Nietzsche—una de sus mayores admiraciones—eran alimento de los estudiosos y materia de alusiones en la prensa diaria». No podría decirse lo mismo de Buenos Aires, donde sólo se difundieron allá a principios del siglo, por las traducciones del *Mercure de France* y las primeras ediciones españolas. Por él sabemos que un pequeño grupo en el cual figuraban talentos tan completos como los de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, cuya cerebración él ha dicho sin jactancia, haber excitado, incitándoles a producir, oteaba en la lejana capital, desde 1890, las corrientes literarias y filosóficas de la misma hora, sin temerle a las ideas nuevas. ¡Y qué ideas! Nietzsche, Ibsen, Brandes, faros de una Europa que ha zozobrado en el pantano sangriento de la guerra y en la anticultura nacionalista. De ellos sobrevive Brandes, el gran europeo, «el buen europeo» de Nietzsche, a quien sofocan las fronteras intelectuales [1]. De esa escuela es Sanín Cano, independiente disociador de ideas, sin supersticiones ni idolatrías personales o patrióticas. El hizo leer entonces a aquellos demoledores, a su alrededor, y en otras tierras de habla española él movió a discutir sus ideas estéticas y morales.

Refiriéndose al carteo que medió entre Brandes y Nietzsche, en los años 1887 y 1888, escribe Sanín Cano en su libro que aquél «era el momento preciso en que empezaban a soplar sobre Europa los vientos del espíritu en una nueva dirección». No habían de pasar muchos años para que esos vientos salobres aireasen el ambiente bogotano. ¿Cómo no ha de interesar a la historia de la cultura en América, la crónica que él podría referirnos, de aquella curiosidad intelectual, sorprendente para los argentinos que no ignoramos como era exclusivamente francesa nuestra ideología y literatura de entonces, renanista, positivista, zoliana?

"He estado siempre al lado de la juventud" — nos dijo Sanín Cano, cuando lo recibimos afectuosamente entre nosotros. Así lo ha reconocido la juventud argentina, aunque no parece haber procurado merecer esa amistad, cuando él nos ha dejado tan pronto. Tuvimos en Buenos Aires a un hombre de autoridad intelectual, y también ética, indudables, que pudo sernos muy útil en el magisterio de las ideas y en la crítica de los libros (aquí donde cantan los serenos de la literatura todas las noches: las doce están dando y no hay crítica!): mi impresión es que, aunque respetado por todos y querido por algunos que nos acercamos a él, no supimos valorizarlo debidamente.

ROBERTO F. GUISTI

(1) Mientras corrijo las pruebas finales, acaba de morir.

El abominable caso de Sacco y Vanzetti

Uno de los fenómenos más sorprendentes de los tiempos actuales es la disposición, por parte de los mantenedores de las instituciones establecidas, a emplear métodos violentos e ilegales contra todo lo que parezca amenazar esas instituciones. La Ley y el Orden han llegado a ser excusas para la ilegalidad y el crimen.

Las amenazas más graves para la libertad y el progreso, para la seguridad personal y para la seguridad de la propiedad han surgido en estos últimos años con más frecuencia de los mismos regímenes estatuidos que de fuera de ellos. En los crímenes contra la vida, la verdad, el honor personal, la libertad individual y los derechos reconocidos por la ley, el «rebelde» profesional, aunque no sea un angel, ni mucho menos, se encuentra en un lugar muy inferior detrás del administrador responsable, del juez, del funcionario oficial y, sobre todo, del «hombre fuerte» conservador, Los ejemplos se multiplican y varían desde lo grotesco hasta lo tremendamente horrible, desde los robos ridículos del Gobierno británico hasta la escala del tormento prolongado y del asesinato.

Actualmente, el mundo occidental se halla frente a un caso completamente típico de este paradójico recurso al mal por parte de los que se supone son sus antagonistas profesionales. Es un caso que merece ser bien estudiado por cuantos se hallen interesados de algún modo en el desarrollo actual de nuestra civilización.

Sacco y Vanzetti son inocentes

Consignaré simplemente los hechos indisputables, hechos que no admiten contradicción y que son bien conocidos. Los tomo de un libro de poco volúmen y fácil de obtener: *The case of Sacco and Vanzetti*, por el Profesor Félix Frankfurter, persona mucho más competente y más capacitada que yo pueda serlo para tratar de este asunto. Intelectual y políticamente, Mr. Frankfurter es una figura de la mayor respetabilidad. Es profesor de la Universidad de Harvard; fué Secretario adjunto del Ministerio de la Guerra en Washington durante la gran conflagración. Se ha dedicado al estudio del caso de que hago referencia no por ningún motivo particular llevado, sino por el interés de especialista, por la pasión de buen patriota, por el honor de su país y por la indignación y piedad de hombre honrado.

El Profesor Frankfurter ha hecho un estudio prolijo y cuidadoso de todas las pruebas y circunstancias que figuran en el proceso, y ha presentado los resultados de sus estudios con extrema lucidez. Antes de su intervención, un gran jurisconsulto de Massachusetts, Guillermo G. Thompson, había ya tomado a su cargo la causa de los dos infelices acusados, y a continuación trascribo los hechos esenciales de este abominable asunto, tal como las dos eminencias nombradas los han puesto de manifiesto.

Sacco era un obrero que trabajaba en una fábrica de calzado de Steughton (Massachusetts); Vanzetti, era un vendedor ambulante de pescado. Ambos fueron arrestados y acusados de haber tomado parte en un atraco, en el cual se cometió el asesinato de un pagador y su ayudante y el robo de una caja que contenía unos diez y seis mil dólares. El atraco se efectuó en plena luz del día; las víctimas fueron muertas a tiros; la caja arrebatada y los asesinos escaparon en un coche. La prueba para demostrar la presencia de los dos encausados en el lugar de la ocurrencia en el momento de ésta es despreciable, como se ve al examinar los registros en que se consigna. Dicha prueba fué, a los ojos de todo el que haya asistido a los procedimientos de los Tribunales de Policía, evidentemente preparada y obtenida de testigos no inteligentes, por presión y cansancio, mucho tiempo después que su testimonio verdadero y efectivo había sido apurado. Por ejemplo: a una pobre mujer que presenció la escena desde una ventana a una distancia de treinta metros o más, que tuvo segundo y medio de tiempo para observar un coche que pasó delante de ella a la velocidad de veinticinco o treinta kilómetros por hora, y que se había negado al principio a identificar a Sacco, fué inducida, al cabo de un año de educación por parte de la Policía, a describir cómo en aquél brevísimo intervalo pudo reparar en la forma peculiar de la frente del acusado, en la precisa longitud del cabello y en el particular tamaño de sus manos. Por otra parte, la prueba de que ambos acusados estuvieran a la sazón en otro lugar es cabal y convincente. El crimen fué cometido en Braintree, suburbio de Boston, a las tres de la tarde, y un funcionario del Consulado italiano de Boston, atestiguó que fué visitado por Sacco, para tratar de su pasaporte para Italia, a las dos y quince del mismo día. Vanzetti estuvo, según atestiguaron varios compradores, vendiendo pescado lejos del lugar donde la acusación sostenía que al mismo tiempo estaba cometiendo los asesinatos. Con las pruebas de la coartada solamente, la intervención directa de estos dos hombres en el crimen de Braintree hubiera quedado desechada por el Tribunal en cualquier juicio sereno y honrado del caso. El resto de ésta por parte de la acusación es igualmente despreciable y bajo. Es un intento tortuoso y sin valor para buscar la convicción. No se hallan en los acusados huellas del botín, no se descubre asociación ni relación alguna con bandas de criminales, no hay hechos accesorios del más pequeño valor que apoyen las afirmacienes de la acusación.

Son conocidos los criminales

Pero no es esto todo. No es solamente que estos hombres hayan sido declarados culpables en contra del valor de las pruebas en lo que se refiere a su inocencia; lo notable es que se mantiene la culpabilidad de estos individuos y que serán ejecutados el día 10 del mes de Julio próximo, a pesar del hecho de que uno de los pertenecientes a la banda que cometió el crimen, un portugués llamado Madeiros, ha confesado ulteriormente que los verdaderos asesinos son perfectamente conocidos. El Profesor Frankfurter da los nombres y pide que se proceda contra ellos. ¿Le parece al lector que esto es increíble? Lea las afirmaciones desapasionadas del profesor. No veo cómo todo hombre de juicio claro y sereno, después de leer el sumario hecho por el Profesor Frankfurter, pueda tener otra convicción distinta de la que Sacco y Vanzetti son tan inocentes como Julio César o Carlos Marx del crimen de Braintree, por el cual se hayan ahora (después de siete años de dura prisión y tormento mortal) esperando la muerte.

Motivos de la acusación

Pero, ¿por qué motivo entonces van esos hombres a morir. La clave del enigma se encuentra en el interrogatorio de Vanzetti hecho por Katzmann, el fiscal del distrito, y en una luminosa observación hecha por uno de los miembros del Jurado. Debe tenerse presente que el crimen se cometió en abril de 1920, en días muy próximos a los momentos más culminantes del pavor tremendo que ante un movimiento «rojo» sobrecogió al Estado de Nueva York. Mala época fué aquella para todo desdichado obrero que resultase complicado en la propaganda y organización comunista, y aún socialista; y

Sacco y Vanzetti, hombres honrados, industriosos, apreciables por otros muchos conceptos, como el conjunto de las pruebas testificales lo ha demostrada, eran... ¡radicales! Eran pacifistas y socialistas. Parece que habían tenido alguna relación con un tal Salcedo, cuya perversidad puede ser apreciada por el hecho de que, habiendo sido arrestado por disposición del departamento de justicia de Nueva York cuando se efectuó la redada general contra los rojos, fué confinado en una habitación del piso catorce de un edificio de Park Boad y encontrado muerto en la acera de la calle, por bajo de la ventana. Evidentemente era un tipo peligroso y de malas condiciones. Acaso se cayó al intentar escaparse descendiendo por la fachada desde él piso catorce; acaso, no, Pero Sacco y Vanzetti positivamente habían tenido relaciones con él, habían tomado parte en sus actividades pacifistas y socialistas: Sacco, a quien tocó por sorteo ir a campaña durante la gran guerra, evadió la suerte escapando a Méjico; Vanzetti había hablado en varios mitines contra el servicio militar, y la acusación en Boston se dirigió contra ellos más por todos estos hechos que por el trivial asunto de los asesinatos de Braintree.

El método del fiscal, Mr. Katzmann, en el interrogatorio de su víctima fué abrumar a ésta con su evasión del servicio militar durante la guerra y por sus ideas socialistas, insistiendo en fatigarle, aturdirle y provocarle con el imperfecto conocimiento del inglés por parte del acusado, hasta que éste soltase frases y expresiones que pudieran ser ofensivas a juicio de un Jurado cuidadosamente elegido. Ante un Jurado compuesto de ardientes patriotas de Massachusetts, las ideas particulares de Mr. Katzmann acerca de proceder leal le permitieron preguntar a aquellos infelices pobres diablos si amaban a los Estados Unidos, si conceptuaban a los Estados Unidos como un país libre, si se sentían defraudados respecto a lo que esperaban de los Estados Unidos, si estaban suscritos a periódicos que muy probablemente eran del desagrado del Jurado, si simpatizaban con los anarquistas, y así, por este camino; y el Juez Thayer, presidente del Tribunal, en lugar de constreñir a la acusación a su propio cometido, como todo juez discreto y decoroso habría hecho, ayudó e instigó estos locos desatinos.

¿Qué tenían que ver todas estas cosas con la sencilla cuestión del crimen llevada ante los Tribunales? «Se permitió a la acusación—dice el *Yale Law Journal*—preguntar, en una época de intensa excitación popular contra los anarquistas y contra todos los opuestos al régimen vigente, cosas que hacían resaltar de un modo pintoresco e impresionante las ideas políticas del acusado en un proceso por un crimen que, según todo el mundo admitía, no tenía la menor relación con tales ideas políticas».

Hombres que de todos modos deben ser ahorcados

Tal fué el espíritu y tal el método que dominaron en este proceso. La calidad del Jurado ante el cual así se procedió puede apreciarse por el hecho de que míster Ripley, que llevaba la voz del Jurado, antes del juicio dijo a un amigo suyo que dudaba de la culpabilidad de los acusados: «Al diablo con ellos: esos hombres deben de todos modos ser ahorcados», Es decir: que esos hombres fueron de hecho condenados no por asesinos, sino por socialistas y pacifistas, y como socialistas y pacifistas van a ser ajusticiados en julio. Los partidarios de la ejecución en los Estados Unidos apenas si se cuidan de sostener la frívola teoría de la culpabilidad de Sacco y Vanzetti como asesinos. El crimen de Braintree es realmente una mera ficción legal en este caso, como el John Doe y Richard Doe de varios instrumentos legales de antigua usansa inglesa. Si esta ficción puede utilizarse para matar a Sacco y Vanzetti, no veo entonces por qué razón no se convierte en un patrón legal y por qué, en virtud de éste, cualesquiera otras personas cuyas opiniones sean consideradas no sanas y cuya presencia en la tierra se juzga no propicia, o que se han hecho antipáticas por cualquier concepto en los Estados Unidos, no se incluyen también en este caso de asesinato y son enviadas después de las primeras víctimas a la silla eléctrica.

Los hechos relativos a este caso están tan patentes y son actualmente tan conocidos por todas partes, que no hay ciudadano norteamericano, desde el Presidente abajo, que tenga la más pequeña excusa para pretender que cree en que Sacco y Vanzetti han tenido arte ni parte en el crimen de Braintree. El caso ha salido ya de la esfera de acción de los Tribunales y se ha convertido en un reto para todo ciudadano de los Estados Unidos. El hecho, claro como el día y patente a la faz del mundo, limpio de toda clase de pretensiones y prevaricaciones, es que la nación más grande, más poderosa y más moderna de todo el Globo, se haya ahora ante la cuestión de si ejecutará o no a esos hombres, fundándose en una acusación falsa, por motivo de sus ideas políticas. ¿Llegará su sangre a manchar la bandera norteamericana, «Old Glory»?

El problema de Juez Thayer

No hablaré más de Sacco, el obrero de una fábrica, ni de Vanzetti, el vendedor ambulante de pescado, ambos destinados a morir para que Norteamérica no se derrumbe. Torno ahora mi atención hacia una figura más compleja e interesante: el Juez Thayer. Los demás personajes son tan confusos como las hembras comunes de las callejuelas; pero el Juez Thayer es un tipo.

Después de haber leído el libro del Profesor Frankfurter, he andado escudriñando por todas partes, recogiendo cuanto dato he podido referente al Juez Thayer. Mi curiosidad ha ido creciendo, y me agradaría estudiarle intensamente. tener su fotografía, penetrar en la historia de su vida, saber de su período en la escuela y en la Universidad; y no porque crea que él sea nada extraño, fuera de lo corriente, sino, al contrario, porque es tremendamente normal. Preciso es que estuviera fundamentalmente de acuerdo con el fiscal del distrito, Katzmann, y en íntima simpatía con el Jurado, cuando Sacco y Vanzetti fueron, no juzgados. sino acosados por su Tribunal. El Juez Thayer no tenía por entonces conciencia de obrar mal. El «Thayerismo» si se me permite la frase, no es cosa rara en Norteamérica. Tampoco es raro en Inglaterra. Se enlaza también íntimamente con la calidad mental del fascita europeo, Es una fuerza del mundo moderno, peligrosa y difundida en grado extraordinario, El «Thayerismo» es la autohonrada injusticia de la gente acomodada.

En primer lugar, después de mi primera exploración respecto al Juez Thayer, quedé persuadido de que es legalmente hablando, un hombre completamente honrado. Quiero decir que no creo fuese guiado por ninguna consideración de provecho personal al adoptar la línea de conducta que ha hecho de él «stupor mundi», el asombro del mundo civilizado. Creo que él y los miembros del Jurado sentían una profunda obligación hacia su país, y que realmente estaban convencidos de que servían a sus grandes ideales civilizadores al actuar como actuaron con el fin de obtener la convicción de sus víctimas. No estoy tan seguro del fiscal del distrito. Juzgo que su interrogatorio fué capcioso, malintencionado; pero este juicio mío procede de estar acostumbrado a los candores de la ciencia, pues resulta que, en efecto, la mayor parte de los abogados, en sus interrogatorios, son capciosos. Pero, con excepción del fiscal, estoy convencido de que el Tribunal actuó con conciencia de que estaba realizando una gran obra para

mantener la vida, la generosa, amplia y hermosa vida norteamericana. al aceptar pruebas que no eran pruebas contra aquellos hombres sin amigos, «que, de todos modos, merecían ser ahorcados». Estoy seguro de que el juez fué a su casa, al seno de su familia, que seguramente será una excelente familia, con la satisfacción de haber cumplido con varonil entereza un penoso deber.

Después del juicio hay que convenir en que la conducta del juez ya no es tan recta. La crítica de su veredicto parece haberle sorprendido y molestado mucho. Indudablemente, había creído que había resuelto la cuestión del modo más beneficioso para su país y que no merecía él tanta censura por su resolución. Pero su conducta, en consecuencia, revela vanidad herida y mal carácter, más bien que cualidades satánicas. Varias gentes acudieron al Tribunal, e hirieron la suceptibilidad del juez con demandas de revisión del proceso, demandas que rechazó indignado. El Tribunal Supremo de Massachussetts, sin entrar en investigaciones acerca de la prueba testifical del crimen, sino fundándose simplemente en fórmulas legales, aprobó la decisión del juez al negarse a la revisión. Esto le hizo afirmarse en su actitud. A la última demanda, basada sobre la confesión del portugués Madeiros, hecha en 1925, después de estudiar el escrito, «durante varias semanas sin interrupción», respondió con un dictamen de 25.000 palabras. El Profesor Frankfurter describe este dictamen, midiendo bien sus frases y con todo el peso de un crítico experimentado precisamente en esta clase de asuntos, diciendo que es «un fárrago de citas equivocadas, de alegatos falsos, de supresiones y mutilaciones». Parece, pues, al tratar en estas condiciones del juez Thayer, que se trata de uno de los tipos humanos más comunes, de un hombre a quien el prejuicio ciega frente a toda apelación a la razón y que, incapaz de admitir que se ha equivocado, se ve al fin arrastrado al laborioso y aburrido empeño de defender un veredicto erróneo que ha llegado a ser como parte de sí mismo.

Creo que su conducta al principio del proceso fue enteramente «honrada», y si su opinión final difícilmente puede calificarse como ajustada al significado de tan elevada y hermosa palabra, sin embargo, en el concepto de muchas gentes será considerada como un esfuerzo muy natural y muy humano. Lo que ocurre con el juez Thayer es que no es un hombre malo, que no es antimoral, sino que es, digámosle suavemente, en extremo obtuso mental y moralmente. Esta torpeza mental y moral se ha extendido, al parecer, al Tribunal por él presidido y a un núcleo considerable de opinión en los Estados Unidos que le apoya en su empresa de aplastar a dos desdichados.

Es difícil precisar hasta dónde esta torpeza deja de extenderse con las comunidades de habla inglesa. Mucha gente, en el continente europeo, juzga que esta torpeza es innata. que norteamericanos e ingleses son por naturaleza gente estúpida, que actúa a menudo con crueldad no intencionada y a la que se le escapa el *quid* de muchas cosas. Esta torpeza lleva consigo cierta obstinación o terquedad, que en muchos casos prácticos hace el efecto de vigor, de fortaleza. Pero los escritos y los actos del juez Thayer y de su fiscal muestran considerable agudeza y agilidad de pensamiento. No creo, pues, que sean naturalmente estúpidos o faltos de honradez. Estoy muy conforme en acreditarles inteligencia, integridad y espíritu público; pero su inteligencia es basta; su integridad, lánguida; su espíritu público de orden sentimental. Están retrasados en su desarrallo mental, como el de algunos muchachos anormales que han crecido mucho físicamente. No han tenido una educación moral e intelectual suficientemente fina. Han vivido en una atmósfera donde no hay crítica delicada y sutil de conducta y opiniones, una atmósfera donde todo es blanco o negro; es decir; malo, «propio para la horca de todos modos», o bueno, digno de toda clase de privilegios. Todo es exagerado, ser malo o estar en el error no es actuar en contra de la ley o de tal o cual disposición, es estar colocado fuera del régimen y sin tener la menor garantía. Es estar perseguido constantemente como pieza de caza, hallarse fácilmente sometido a prejuicios violentos, ser incapaz de portarse honradamente en el concepto de los que juzgan quién es malo, mientras que éstos son capaces de la mayor indulgencia y adulación por todo el que creen que marcha bien. En religión, estos últimos nunca llegan a distinguir la superstición de la fe, sin natural y fácil prosa de Elmor Gautry y los de su casta, y en política y cuestiones sociales no saben distinguir tampoco entre la honrada crítica de sus ideas fundamentales y la perversidad sin objeto. No evolucionan mentalmente hasta llegar a la generosidad; están ciegos ante el patético idealismo de las pobres gentes aisladas en un ambiente extraño; experimentan terror, pánico, ante obreros soñadores que apenas pueden expresarse claramente; lo ven todo rojo y matan como locos. ¡Y, sin embargo..., sus intenciones son buenas!

Sí, sus intenciones son buenas. Esto es lo trágico de la situación. Los jueces Thayer de nuestro mundo, lo mismo que los Saccos y Vanzettis, desean que todo sea justo y bueno. Los móviles, tanto de un grupo como en el otro, son realmente plausibles, Pero el Thayerismo dispone del poder y esta siempre dispuesto a imponer sus conclusiones, auque requieran sangrientos sacrificios. Temo creer que hay muchos norteamericanos que juzguen que una pequeña sangría es buena para nuestra civilización. Así pensaron antes los Aztecas. Pero la sangre es mal cemento para los cimientos de una civilización; es más bien un corrosivo que un cemento. Han existido otras civilizaciones anteriores a la que actualmente reina en Norteamérica, y, a pesar de toda la sangre con que regaron copiosamente sus más altos lugares, todas han desaparecido y dejado solamente materiales para el estudio de sus arqueólogos. Seis semanas quedan solamente para que actúen la justicia y la piedad. ¿Se decidirá la poderosa y afortunada nación de los Estados Unidos, acaso la primera potencia del mundo el día de hoy, a matar a ese obrero fabril y a ese vendedor de pescado, bajo el pretexto de que han cometido un crimen del cual se sabe que son inocentes. o a última hora pondrá término a siete años de desdicha y de angustia con un gesto de más generoso y elevado estilo?

H. G. WELLS

(El Sol. Madrid)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica